

EL SENTIDO MONITORIO DE LA HISTORIA EN RIVA-AGÜERO

Guillermo Lohman Villena
Instituto Riva-Agüero

En el pensamiento historiográfico de Riva-Agüero, desde su tesis doctoral hasta la última conferencia que pronunció, un año justo antes de su fallecimiento, es perceptible con nitidez cómo entendía él el mérito aleccionador del estudio del pasado, referido concretamente al del Perú, como proyección hacia su porvenir. En ese concepto gravitaba la idea, forjada ya por los clásicos, de la concepción didáctica o pragmática iniciada por Tucídides. De esta suerte la percepción de una continuidad indivisible en el destino del país constituye el hilo conductor del pensamiento de Riva-Agüero como puede rescatarse ya desde 1910:

"Para los que se ocupan en el estudio de las letras hay un ejercicio más saludable y de mucha mayor importancia nacional que el de la mera literatura: el de las ciencias históricas. En ellas tienen cabida a imaginación y el entusiasmo, los primores del estilo y del ingenio; pero subordinadas todas estas dotes a un superior objeto, canalizadas en provecho colectivo, depuradas por la crítica, regidas por el noble yugo de la verdad. En ellas, en las investigaciones de detalle, indispensable preparación y base de la gran historia narrativa y filosófica (la cual debe ser conjuntamente una obra de erudición, lógica viva y arte), obtienen honrosa y apreciable utilización las medianías diligentes, necesario sostén de toda vasta empresa. Finalmente, de los estudios históricos se desprenden constantes lecciones de modestia, de prudencia, de perseverancia, de espíritu de continuidad y conservación, de abnegación y de patriotismo, que son las que mayormente necesitamos, y que en vano sería esperar en igual grado y con igual eficacia de las otras enseñanzas liberales. La Historia, ministerio grave y civil, examen de conciencia de las épocas y los pueblos, es escuela de seriedad y buen juicio, pero también, y esencialmente, estímulo del deber y el heroísmo, ennoblecedora del alma, fuente y raíz del amor patrio.

La estrecha relación entre la historia y el patriotismo es de evidencia tal que constituye un lugar común. Pero no hay cosa más necesaria que repetir de vez en cuando estos lugares comunes, de fecundidad

moral eterna. La patria es una creación histórica. Supone, no sólo la cooperación de todos los compatriotas contemporáneos, sino la mancomunidad de todas las generaciones sucesivas. Vive de dos cultos igualmente sagrados, el del recuerdo y el de la esperanza, el de los muertos y el del ideal proyectado en lo venidero. Estas dos faces de la idea de patria están indisolublemente unidas, y es cada una de ellas condición recíproca de la otra. Porque la consideración de los esfuerzos y méritos de los pasados lleva por necesidad el deseo de proseguirlos y aun superarlos; y porque todo fuerte anhelo social, todo vigoroso empeño colectivo, requiere, para no ser efímero, apoyo, garantía y substancia de la anterior vida histórica. Patriotismo endeble y ruin, indigno de tan alto nombre, sería el que, absorto en las pequeñeces y miserias presentes, no concibiera otra imagen del Perú que la enfermiza melancólica de hoy, olvidara o descuidara los fines hereditarios y seculares de nuestro país y dejara caer de las débiles manos la santa cadena de la tradición nacional. Quien reduzca la idea de patria a la coexistencia de los ciudadanos actuales y al acuerdo o consenso resultante de sus intereses momentáneos, la niega y la destruye, hace algo peor aún que esto: la envilece, la degrada, porque la rebaja hasta equipararla con los simples provechos materiales, con las asociaciones comerciales y financieras, y la despoja del carácter religioso, de la aureola mística, del maravilloso prestigio en que consisten su dignidad y poder incomparables.

El Perú que debemos estudiar y amar, no es sólo el de ahora: muy imperfecto sería nuestro conocimiento y muy tibio nuestro amor si no se dilataran en el ámbito de los tiempos pretéritos. Ni ha de reducirse únicamente nuestro filial cariño a los sucesos de la incompleta centuria republicana, porque la nacionalidad tiene orígenes más profundos y remotos que la declaración de independencia. Hay que subir al período del Virreinato y comprender y sentir en él cómo la sangre, las leyes y las instituciones de España trajeron la civilización europea a este suelo, y crearon y modelaron lo esencial del Perú moderno. Y aun hay que ir más lejos, hasta el imperio bárbaro que los conquistadores castellanos encontraron, que por su relativo adelanto social había dominado sobre una grande extensión de la América del Sur, y cuyos hijos en mucha parte se han mezclado con los de los vencedores españoles, y contribuido al trabajo y a la defensa comunes. Así como en los siglos medios la nación española no quedó formada sino cuando se fundieron en un solo pueblo los godos con los hispano-romanos; o mejor todavía,

así como la verdadera Inglaterra no nació sino por la completa fusión de los normandos con los sajones; así la nacionalidad peruana no estará definitivamente constituida mientras en la conciencia pública y en las costumbres no se imponga la imprescindible solidaridad y confraternidad entre los blancos y los mestizos y los indios. No hay raza de las que habitan el territorio ni hay época de los sucesos realizados en él que puedan considerarse ajenos a nuestra idea de patria, y cuyo olvido o desprecio no enflaquezca y menoscabe el sentimiento nacional. El estudio de todas ellas debe integrar y ahondar el patriotismo, porque todas ellas componen el cuerpo y el alma del Perú.

Mucho se ha hablado y se habla, con loable propósito, de formar el alma nacional. En el fondo, esto tiene que significar, antes que nada, si no es una vana frase, el fomento y la popularización de la historia patria, depositaria y maestra de la tradición del país, y verdadera creadora de la conciencia colectiva. Porque el alma nacional no se improvisa, no surge de repente de la nada al conjuro de un individuo o de una generación, sino que vive de la misteriosa comunidad de los siglos: es la suma de lo que de mejor hay en nosotros, de nuestros más altos y generosos anhelos, agregada a los de nuestros padres y antepasados, y a los de todos los que nos precedieron en estas tierras cuya configuración y cuyas influencias determinan, del propio modo que en las restantes del orbe, peculiares intereses y privativas maneras de sentir, que se traducen en un persistente ideal, más o menos concreto, servido unas veces y abandonado otras por la voluntad, según las vicisitudes de los tiempos, ya desfallecida, ya activa.

No se hable, pues, de crear el alma nacional, porque esa alma existe, aunque aletargada y adormecida; y si no existiera, carecería nuestra patria de razón de ser. Háblese de la necesidad de levantarla de la sombra casi inconsciente en que dormita y sueña, de traerla a regiones de luz, de hacer que sienta y conozca su propia vida, que adquiera, en una palabra, conciencia clara y plena de sí. Sólo por esta tarea, en que ha de haber principalísima parte a la Historia debidamente comprendida, llegará a ser nuestro patriotismo algo más que la explosión bulliciosa e instantánea con que en la actualidad se manifiesta; y se elevará hasta esa vigorosa colaboración paciente y eficaz, hasta esa deliberada aceptación de constantes sacrificios ante los fines generales, hasta ese firme y decidido paso que distingue a las naciones conocedoras de sus destinos y resueltas a conquistarlos.

Para desempeñar este oficio de regeneración, en que estriba la mayor utilidad moral de la Historia, necesita la nuestra imperiosamente, no sólo despertar y robustecer la conciencia del alma de la patria, pero también corregirla y depurarla de los vicios y defectos que le han impedido hasta ahora realizar el ideal que entraña. La obra de nuestros historiadores ha de ser así a la vez de entusiasmo y de crítica, de amorosa evocación y de severa censura. Delicada unión de contrarios impulsos, difícil pero no imposible ni con mucho, que se ha dado en numerosos escritores de otros pueblos, y demandada ineludiblemente por los supremos objetos de reforma nacional que la cultura histórica ha de tener en mira entre nosotros. No redundaría, por cierto, en servicio, sino al contrario, en perjuicio y daño enormes del Perú, el adornarlo de fingidas excelencias, suponiéndole imaginarias virtudes y abultando sus buenas cualidades, y el encubrir por sistema las manchas y miserias de su triste pasado y de su poco venturoso presente. El engaño acerca de sí mismo siempre resulta a la postre funesto; y la lisonja no es prueba de discreto amor, sino más bien de ruindad o de enemistad oculta. No la mentira, sino la verdad, es la que realmente sana; y para reconocer y curar las llagas hay que rasgar las vendas. Pero igualmente nociva que la cuitada adulación de la vanidad patrioter, y mucho más que la exageración pesimista (la cual suele ser vehemente protesta del cariño ante las imperfecciones de lo amado, expresión del deseo de remediarlas y estímulo de corrección decisiva), sería la contemplación fría, lejana, indiferente, que no se conmueve por los intereses y sufrimientos de la patria porque en realidad los desdeña. Esa especie de pretendida imparcialidad, falaz, inhumana e impía, cuando se aplica a la historia de la propia raza y de la propia tierra, no descubre elevación ni desinterés científico, sino pedante y detestable afectación, o aflictiva sequedad de sentimientos. La indiferencia absoluta respecto del mal y del bien no es atributo humano posible ni deseable. Jamás se ha descubierto cosa alguna de importancia, tanto en las ciencias morales como en las físicas, sin que guiara las investigaciones del descubridor la ardiente luz de una emoción intensa; y nada sólido existe, ni en lo especulativo ni en lo práctico, que no haya salido de la caldeada fragua de la pasión. Y cuando la pasión es alta y pura, como lo es la de la patria, no se opone a la justicia y la verdad. Convencidos de que el hombre, como ser moral, necesita de exhortaciones y ejemplos, no nos dejemos hechizar por ese inmovilizador fantasma de impassibilidad mentida o menguada; y en el estudio de nuestra historia indignémonos por lo que exija

indignación, defendamos lo que merezca defensa y alabemos y admiremos lo que reclame admiración y alabanza.

En nuestro pasado no hay, por desgracia, mucho admirable y fascinador, y por eso, el espectáculo de él no ofrece ni siquiera aquel peligro del encanto que ejercen las sombras insignes y que en delicadísimas y aladas palabras indicó alguna vez Michelet. De la historia peruana no ha de temerse en efecto depresivo, paralizador de la energía, que en los países y los linajes muy venidos a menos puede producir el pavoroso contraste entre los esplendores pasados y los abismos de súbito abatimiento en que se ha ido a caer; porque no es tanta nuestra herencia de glorias para que hipnotice y agobie, aunque es bastante para que estimule. El relativo poderío del Perú no ha sido, como lo fueron un tiempo los de España, Portugal, Holanda, Suecia, Turquía y Polonia, un vertiginoso y loco vuelo a las mayores alturas, seguido muy luego de un descenso irremediable, por reacción natural, por agotamiento del ímpetu desmedido y furioso. Ha sido mucho menos épico, pero quizá por lo mismo es más fácilmente recuperable. Sus anales se sintetizan en una serie de posibilidades desperdiciadas, de felices oportunidades malogradas por la liviandad y la inconsistencia juveniles, que la experiencia histórica está llamada a madurar; por imprudencias y desórdenes que las lecciones de la historia enseñan a aborrecer; por los múltiples vicios que nacen del egoísmo y la discordia, y que sólo el robustecimiento de la conciencia histórica logrará corregir.

A cumplir supremos fines nacionales está, pues, destinada la Historia en el Perú, más que en ninguna otra parte. Es preciso, por lo mismo, atender, como a cuidado vital y primario, a su cultivo y propagación. Casi podemos decir que nuestro país no ha producido hasta hoy sino unos pocos cronistas, tomando este vocablo en su significación exacta. Es hora ya de que tenga numerosos eruditos, que investiguen y desentierren sus venerables antigüedades; verdaderos historiadores que describan sus alternativas, pinten las diversas épocas por que ha pasado, descubran las íntimas leyes que rigen su desarrollo y funciones, la hagan revivir en su integridad y demuestren la unidad de su persona moral a través de los tiempos, y por fin, vulgarizadores y maestros que en todos los grados de la enseñanza, desde el elemental hasta el superior, infundan en los jóvenes el sentido de la tradición nacional y las aspiraciones que despierta y exalten así el civismo, sin el que la patria no es sino un nombre vacío o un altar abandonado.

La aplicación a los estudios históricos y la reanimación por ellos del sentimiento patriótico han sido siempre y dondequiera la preparación indispensable para la regeneración positiva de un pueblo, su consolidación interna y el restablecimiento de su prestigio exterior (...). Sólo al contacto de la Historia vive y prospera el nacionalismo fecundo".¹

En 1934, con ocasión del discurso pronunciado para conmemorar el cuarto centenario del Cuzco español, condensó la evolución histórica de la Ciudad Imperial en estas aleccionadoras reflexiones:

"Aprovechemos estas lecciones de la historia cuzqueña con un alto y comprensivo espíritu de peruanidad total. Pidámosle a cada una de las dos razas históricas la enseñanza y el ejemplo de sus respectivas cualidades. A la incaica, su disciplina, su jerarquía, su unidad, su sentido de la autoridad y la tradición, de parsimonia y de prudencia, cualidades todas que son esencialmente conservadoras y derechistas, porque el indio necesita el molde de una organización vigorosa y estable para producir obras duraderas como el granito y el cimiento romano. Entregado a la anarquía y a la flojedad individualistas, no saldrá nunca de lo que fue su primitiva behetría o barbarie ; y quedará estéril, gris, inerte y tenue, como las arenas del desierto. Para aunarse en compacta y poderosa masa, necesita el impulso que concentraron en sí las supremas clases incas, y que luego pródigamente trajeron y desparramaron los conquistadores castellanos. Aprendamos de éstos, que también son nuestros padres, el arranque, la generosidad, la decisión y la audaz valentía españolas. Reunidas las cualidades de ambas estirpes, mantenidas y acendradas por una racional educación histórica, llegará el Perú a una plena conciencia nacional; y venciendo las ruindades y apocamientos que nos asechan, podrá salvarse de los más duros trances, fijar las contingencias de su vida, detener la móvil rueda de la fortuna, y lograr la reputación, la prosperidad y la animosa confianza en lo futuro que nuestro país necesita y reclama".²

Tres años más tarde corrobora el papel consolidativo de la noción de Patria que incumbe a las disciplinas históricas como magisterio vital:

"Querría que mis lecciones [las de Civilización tradicional peruana] no fueran de muerta erudición, sino que tuvieran el alcance moral bastante para reavivar en la juventud que me escucha el espíritu patrio.

Bien necesitados estamos de retemplar y robustecer el patriotismo. Sin él, sin vigoroso sentimiento nacional, nada se hace: los mismos productos intelectuales carecen de lozanía y colorido. Pero este empeño de intensificar y acendrar el alma patria exige en mi concepto indispensablemente el culto de la verdad, de la más escrupulosa exactitud, porque el patriotismo duradero no se alimenta con ilusiones infantiles ni con errores confutables, los cuales, muy al contrario, suelen provocar quiebras, desalientos mortales y escarmentos dolorosísimos. Sobre la exageración o la mentira nada sólido se edifica. Por eso procuraré atender, con la mayor claridad y precisión, a la veracidad de los testimonios y la realidad de las situaciones; y no a halagar vanidades y defender prejuicios popularizados y vocingleros".³

Finalmente, un año antes del colapso mortal que nos privó de su fecunda existencia, y ni más ni menos que en una disertación titulada "Los estudios históricos y su valor formativo" se expresaba así:

"Comencemos por lo menos importante, para terminar con lo más importante, que es el Perú.

Por el principio psicológico de jactarse de lo que no se conoce, nosotros nos jactamos de estar a la última en cuanto a la información de los textos corrientes científicos e históricos. Y el hecho es que la mayor parte de los textos que sirven para la enseñanza primaria, secundaria y aun algunos para la superior, tienen un retraso de cerca de medio siglo, y no se crea que hago a la ventura este juicio o apreciación. Quiero señalar una serie de casos concretos, advirtiendo que si cuando alabo puedo mencionar el nombre, cuando censure lo callaré caritativamente para conservarle a esta conferencia, por más familiar y somera que sea, sus características de dignidad y altura (...).

Pero a más de estas deficiencias en los textos, hay una deficiencia muy grave y actual en la enseñanza de la Historia del Perú. He leído, por indicación de algunos amigos míos, los recientes planes y he visto con asombro que en los tres primeros años de la instrucción media se va a enseñar la Historia del Perú conjuntamente con la Historia Americana y la Geografía del Perú conjuntamente con la Geografía Universal; que en los dos últimos años de instrucción media, aquellos años decisivos para la formación de la sensibilidad y del sentimiento patrios en los jóvenes, la historia nacional está omitida, como lo está

también en toda la enseñanza comercial secundaria, y la educación cívica está reducida a la ridícula e insignificante proporción de una hora a la semana. Yo soy imparcial y estoy alejado de la política; me creo, y que esto no parezca jactancia, superior en este punto y en todos, al desvío, al favor y al halago, pero creo cumplir con un deber, y me avergonzaría de no cumplirlo, al decir que semejante plan de estudios no es lo que teníamos el derecho a esperar, que no corresponde al nacionalismo que dicen informa el programa educativo, y que representa una imprudencia máxima que nos prepara para dentro de veinte años generaciones de derrotistas y de anti-patriotas.

Yo no juzgo intenciones: simplemente constato resultados, y creo que otro peligro nos acecha: el que los textos de Historia no sean redactados en el Perú, sino impuestos desde fuera por alguna comisión internacional (...). Yo conjuro a todos mis compatriotas, gobernantes y gobernados, a que en esta materia no acepten tutela ni ingerencia forastera ninguna. El patriotismo se alimenta y vive de la Historia y de la tradición.

La palabra patria viene de padres: sobre el altar de la patria y bajo su gallarda llama hecha de ruegos y de inmolaciones, de valor y de plegarias, deben existir siempre, como en la ritualidad litúrgica católica, los huesos de los predecesores y las reliquias de los mártires.

En convivencia con este patriotismo peruano, pero envolviéndole como una atmósfera, está nuestro hispanoamericanismo, o sea la conservación de nuestra peculiar cultura hispánica. Yo sé que existen propagandistas que nos dicen que nuestra hermandad radica en nuestro elemento aborigen, que yo nunca he combatido y que antes bien he defendido -por lo cual algunos de mis amigos me han calificado de tibio y hasta de indigenista-, pero en nuestra patria hay dos elementos: el propio elemento que podemos llamar de individuación y caracterización, aunque sea afectivo y de cultura inferior, elemento que yo reconozco en su alto valor como el elemento nacional peruano, ese es uno; pero sobre ese elemento está el de la cultura general española que es el que funda nuestra verdadera hermandad con los demás países de hispanoamérica, la que no puede estar en el fondo de la barbarie indígena primitiva, pues los indios ni siquiera se conocían de uno a otro país, salvo en el Tabuantinsuyu. Si acudimos para la generalidad o confraternidad hispanoamericana al elemento indígena, nos encontramos que allí no

está su raíz porque eran entre sí ignorados o enemigos. Cuando yo oigo que se dice 'Perseguís un fantasma' (como si la unidad cultural en que radica la esencia de la vida de Grecia y de Roma fuera un fantasma); cuando oigo decir 'aquello es un mito; el hispanismo murió hace 200 ó 300 años'; cuando oigo que siguen denostando y ultrajando los valores europeos de nuestra cultura, entonces es cuando me convengo precisamente del valor educativo e histórico de este segundo elemento. Esta civilización hispánica, una de las más altivas y orgullosas, pero la menos exclusiva en punto a raza, que hayan existido en el mundo, es uno de los elementos esenciales de la historia, como lo prueban las épocas en que para toda causa desinteresada y católica se contaba con el concurso de la raza hispánica. Pero la grandeza de esta civilización y de esta raza no está solamente en el pasado, sino en el presente y en lo porvenir; por eso quienes ven en ellas todavía un enemigo formidable las atacan y las insultan.

Contra los peligros que nos amenazan (...) el Perú necesita para defender su nacionalidad, consolidar un triple baluarte: primero, la enseñanza de la religión católica, pero enseñada por sus sacerdotes y maestros, porque no hay nada más funesto para las mentes jóvenes que ver la religión a través de la socarronería de un incrédulo; segundo, la defensa de la lengua y de la literatura castellananas, y tercero, la enseñanza de la geografía y de la historia peruanas, constituyendo siempre cursos independientes y no mezclados ni ahogados en cursos de historia y geografía de América, porque bastante más nos interesa a los peruanos nuestra patria que el Canadá o la Martinica.

La vida y la muerte de los hombres es algo profundamente distinto de la vida y la muerte de las sociedades. Cuando muere el hombre, su alma inmortal continúa su destino ultraterreno para recibir el premio o el castigo a que se haya hecho acreedora; pero en las sociedades no ocurre esto, sino casi lo contrario. La muerte de una sociedad se puede decir que consiste en el desasimiento espiritual de la patria, después del cual siguen viviendo con apariencia fantasmal las instituciones y los individuos. La Patria es un conjunto de aspiraciones sentimientos y reacciones; y cuando los individuos, por el egoísmo y la inercia se enfrían, se retractan y se aíslan, su unión se debilita y al fin desaparece; y entonces esas violentas marejadas de pasiones, de ideas y de propósitos, ya no pueden recorrer los círculos aislados e inertes de la sociedad, y ésta se inmoviliza como el agua estancada, se corrompe y

se pudre; llegan los hombres a no preocuparse sino del lucro y de la conveniencia particular o de su grupo, niegan la comunidad con el pasado, se desinteresan del presente y se encogen de hombros ante el futuro, y he aquí el hombre convertido en simple lobo del hombre, en simple hombre económico, y todo se ha hecho entonces mercadería y mercaderes. Un día rompen la vinculación con los recuerdos, otro día maltratan una institución; otro día destruyen un monumento; mientras que los tibios pensando que 'hay que esperar otra ocasión', que 'puede ocurrir algo peor que ahora', al fin y al cabo se resignan y callan. Pero este predominio del egoísmo llega a convertir a los individuos y a las instituciones en focos apagados, y la sociedad convertida en un conjunto de fragmentos carece de un principio vivificador, de una entelequia: de repente viene un ligero choque interno o externo y entonces lo que parece vivir, que era el alma de la patria, se ve que ha muerto por el olvido de lo pasado, y la sociedad y el país se desploman (...).

Eso que ha ocurrido en tantas partes podría llegar a ocurrirnos a nosotros mismos si descuidáramos la enseñanza de eso que he llamado el triple baluarte de la religión, la lengua y la historia. Ciertamente que la situación no ha llegado todavía a extremos tan graves que podamos sentirnos próximos a la desesperanza. En años pasados hemos afrontado crisis todavía más duras. Y si no tenemos amortiguados ni nuestro patriotismo ni nuestra energía podemos de nuevo conjurar y vencer las que se nos presenten. Y si fuere necesario llegar para ello a sacrificios supremos, no debemos olvidar que al defender nuestros principios esenciales estamos defendiendo todo lo que hace preciosa y digna de vivirse la vida humana: el legado de nuestros padres, nuestra dignidad, personalidad y autonomía nacional, y las mismas santas leyes de Dios".⁴ □

Notas

1 La Historia en el Perú (Lima, 1910), págs. 547-554, y Obras Completas (Lima, 1965), IV, págs. 503-509.

2 Opúsculos (Lima, 1938), II, págs. 101-102, y Obras Completas (Lima, 1968), VI, pág. 319.

3 Civilización tradicional peruana (Lima, 1937), pág. 5, y Obras Completas (Lima, 1966), V, págs. 177-178.

4 Revista de la Universidad Católica del Perú (Lima, 1945), XIII, núm. 1, págs. 12 y 18-20.